

# LA SOLUCIÓN.

PERIÓDICO FILOSÓFICO Y DOCTRINAL.

SALE CADA QUINCE DÍAS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	PRECIOS DE VENTA.
En Gerona, trimestre. . . 3 reales.	Cada número.. . . . 4 cuart
Fuera de Gerona. . . . 4 »	Números atrasados.. . 6 »
Cuba y Puerto Rico. . . . 8 »	
Extranjero. . . . . 10 »	

Redacción y Administración, Plaza de Bell-lloch, núm. 4, Gerona,  
en donde se recibirán la correspondencia y pedidos.

## LA CARIDAD. (1)

Al verme delante de tan numeroso y respetable concurso, despues de las elocuentes Conferencias que se han dado en este ilustrado Ateneo, mi ánimo decae y mi voz balbucea; porque mis pocos años, mis escasos conocimientos, sobre todo mi pequeñez, apenas me permiten alternar con los dignísimos maestros que han cautivado la atención de tan escogido auditorio y han esparcido la luz de la verdad para despejar las nieblas de la ignorancia.

Cuento de ante mano con su benevolencia; confío en su amabilidad y solicito suma indulgencia.

El Ateneo no ha olvidado las lecciones de Moral que se dieron en este recinto durante las veladas literarias del último invierno, Una de las máximas, que el hombre siempre conserva en su memoria, y siente en su corazón, es de que la Inteligencia forma la Razon, como la Moral conduce por el camino de la Virtud.

Existir, pensar y saber, son las cualidades constitutivas del hombre; pero nuestra inconmensurable superioridad se funda en el conocimiento del Bien y del Mal, y en el libre Alvedño de amar al Bien y de evitar el Mal.

Hay un sentimiento íntimo en nosotros, que siempre habla en lenguaje misterioso, pero claro, elocuente y grato. El alfabeto de ese lenguaje se compone de los latidos del Corazon; sus páginas son la tranquilidad y el gozo; el libro completo es la vida. Ese idioma simbólico no engaña; su interpretacion está al alcance de todos los Siglos, de todos los pueblos.

Es la conciencia.

Libro de hojas indefinidas, de letras inteligibles, de impulsos seguros, de principios fijos, y de doctrina pura.

(1) Conferencia dada en el Ateneo de Cornudella el dia 9 de Diciembre último.





Cada hombre tiene su Conciencia, su libertad; sus derechos y sus deberes.

Ella es el tribunal que juzga en primera instancia de los actos propios en cada individuo.

Ella es la que conoce y distingue los preceptos de la Moral; que pasan invariables de un mundo á otro mundo; de generación en generación; como el rayo solar que atraviesa los fluidos y siempre es la misma Luz.

La moral es la palabra mística, el verbo de Dios; de todas las emanaciones de ese verbo divino, la más dulce, la más santa, la más perfecta, es la que une los eslabones vivos de la Humanidad; la que forma el lazo sagrado de las familias; la que constituye las armonías sociales; la que eleva el pensamiento hacia el gran autor del Universo.

La Caridad.

Amar y ser amado es la felicidad.

Los sentimientos, las aspiraciones del hombre tienden á ese supremo grado de beatitud, que completa el bienestar del hogar doméstico, mantiene el equilibrio en la sociedad, y desconoce el fastidio.

El amor verdadero no es el egoísmo.

El sensualismo es una expansión del instinto, que nos nivela con los irracionales. Por más que sea un accidente en el orden natural, solo pertenece á los fenómenos físicos y no á la inteligencia.

¿Qué es la Caridad?

El amor al prójimo, puro, permanente, sin distinción de clases, paralelo á las necesidades ajenas y sin el menor deseo de gloria ni de gratitud.

La Caridad es el placer de hacer el bien, solo por el gusto de hacerlo.

La Caridad tiene su raíz en el Ser Supremo; su tronco en el mundo y sus ramas en la humanidad. Es una planta cuyas flores esparcen el dulcísimo aroma de la virtud en provecho universal.

La Caridad está por encima de las religiones, de las razas, de los pueblos. Ama al hombre, como hombre; le llama hermano; porque en la vida propia todos debemos ser hermanos.

Es la palabra más hermosa de la estética moral.

Comprende los deberes idénticos en un círculo perfecto de derechos. Es la libertad de amar á todos los hombres y de ser amado.

Es un término sencillo, claro y profundo.

El hombre fósil la comprendió en sus bosques y en sus cavernas.

El salvaje la ejerce en las selvas y el árabe en los desiertos.

La infancia presiente sus delicias.

La vejez se envuelve en su sudario al bajar á la tumba.

Cuanto mayor es el cariño que profesamos á nuestros semejantes, más nos aproximamos á la perfección moral. Y como la Caridad tiene por límite á lo infinito, es la verdadera virtud que nos lleva hacia lo absoluto, que es la misma divinidad.

El fundamento de la Caridad es el Ser Supremo; su idea consiste en reducir á la especie humana en una sola familia, cuyo padre único fué Dios; cuya madre es la existencia; y bajo el amor recíproco debemos darnos el dulcísimo título de hermanos.

Esa idea, sólo es una utopía para los profanos. Para los apóstoles de la fraternidad es el dogma, la doctrina de Jesucristo en el cenáculo.



La Caridad no está sujeta à reglas, à formas, à leyes, ni à reglamentos.

El que más la ejerce es el mejor de los hermanos.

La Caridad, en el òrden moral, nos impele à comunicar à los demás la suma de conocimientos propios; nos excita à propagar la verdad; nos previene que disipemos los errores; nos obliga à contribuir voluntariamente para la grande obra de la civilización.

Nos inclina à gozar en la dicha ajena; à prever los sinsabores; à sufrir con el dolor del prójimo; à expresar el consuelo en las adversidades.

En el òrden físico, la Caridad nos enseña el modo de compartir los medios de subsistencia, no como limosna de ostentación, sino como repartimiento fraternal; no como à dádiva que cae del cielo, sinó como rayo de luz que se derrama por todas direcciones.

Esa igualdad es hoy el sentimiento de los corazones.

Vendrán los siglos, las épocas, los tiempos, en que los séres se purificarán de sus imperfecciones, se suprimirán las edades y se anularán las cortezas del espíritu.

Nuestros dias son de transición; y las necesidades exigen la Caridad.

∴

La Historia no llega al caos de la creación; y las ciencias nada dicen de los períodos primitivos.

La antigüedad santificaba la caridad en los símbolos índicos y egipcios; de donde la derivaron los hebreos.

Esa suprema virtud pasó por los subterráneos de Grecia y de Roma.

Esperaba la aurora de un nuevo Sol, que la esparció desde la humilde cuna de un establo hasta el sangriento madero del Calvario.

En los ejemplos de aquel cordero; en las palabras de paz, en la doctrina, de aquel Mesías, se encuentran los actos y el dogma de la Caridad. Grandeza en sus conceptos; oportunidad en sus parábolas; pureza en su lenguaje; sublimidad en sus consejos; perfección en sus sacrificios.

La Caridad es cristiana.

No se vé en el Evangelio un solo precepto que no cumpla su mismo legislador. No hay lección de moral, que no esté practicada por el Apóstol. Cada máxima tiene un modelo vivo; cada sentencia refleja la imàgen palpitante en el espejo humano; de aquel astro salieron las estrellas de la fraternidad, que se llamaron evangelistas en Palestina, discípulos en las Catacumbas y mártires en el Circo.

La Caridad compendia todas las virtudes.

La Pobreza, dignidad del sacerdocio.

La Igualdad, signo de la redención.

La Libertad, emblema del derecho y del deber.

En el primer siglo del Cristianismo el templo de Dios eran los subterráneos, en donde se celebraban los misterios; se iniciaba à los profanos y se distribuía el pan entre los hermanos.

Y de los antros salían los compañeros de Jesús, los maestros de la ley nueva.

El oro fuè desterrado de los altares.

La plata era despreciada.

La púrpura no mereció los honores del traje.

Coronas hubo entonces; pero de espinas.

Tronos se ofreció à los neofitos; en el potro, en la hoguera y en las uñas del tigre.



Cetros se dieron á los venerables Maestros: mas eran cañas, en señal de befa.

De la sangre del Gran Maestro brotaron las raíces del árbol de la Caridad; regadas con la sangre de sus hermanos; sin que las víctimas derramasen una sola gota de la de sus verdugos; sin que los proscritos exahasen una queja; sin que los anatematizados por el Pontificado pagano dejasen de rogar por sus sa- yones.

Ignoro si hoy día los sucesores de Pedro y de Pablo viven en la indigencia; si sufren con resignación las bofetadas del pretorio; si imitan al Gran Maestro en la vía dolorosa; si son puros como aquél y si se acuerdan de la cruz.

Lo que yo afirmo es que existen todavía neófitos del cenáculo; compañeros del Huerto; venerables Maestros del Templo.

Allí está la Caridad.

No la veo en los palacios; desde donde arrojan mendrugos al hambriento, que muere helado en las calles.

No la percibo en sus salones: en que se despilfarran millones de tesoros, al resplandor del fluido eléctrico, entre vicios y crímenes.

No se halla en los campos de batalla, en los que se ametrallan por bastar- das ambiciones, y enarbolan la bandera de beneficencia, despues de horribles carnicerías humanas.

Nadie debe buscarla en el teogonismo hipócrita de los bonzos, de los dervi- ches y de los imanes.

¿En donde está la Caridad?

En todos los pueblos, en todas las razas, en todas las familias; en donde se practica la virtud.

La Caridad no tiene horizonte; carece de números; es infinita en sus aspira- ciones, como en sus actos.

La Caridad obra anónimamente; ejerce el bien, ocultando la mano; apaga la tea de las discordias; se sacrifica en el silencio de la noche; aparta las nubes del error; ama la verdad y únicamente aborrece al crimen, sin odiar á los culpables.

Los anales mencionan pocos episodios de la Caridad.

Esta gran virtud vá acompañada de la modestia, huye de las pompas, rehusa la vanagloria, desdeña la misma gratitud.

La Caridad fuè aparente en los fariseos, falsa en los paganos fingida en los magos.

Hoy día es solo verbal en la aristocracia; es mero boato en los poderosos; es vanidad en los príncipes; es un insulto en las puertas de las basílicas; es un sarcasmo en las calles.

La sociedad puede y debe evitar la mendicidad.

El rico es quien ha de socorrer al pobre; sin que éste se vea humillado para pedir limosna. El rico ya tiene bastantes horas para formar la estadística de los menesterosos; el rico ya posee medios suficientes para proporcionarles el pan de cada día. El poderoso, que elimine la mitad del tiempo que dedica á las fiestas y á la ociosidad; que destine en socorros eficaces la mitad de lo superfluo.

Plausible parece la idea de fundar hospicios, salas de asilo y hospitales. Es mucho mejor or. anizar sociedades de auxilios mútuos, de sobrevivencia, de inu- tilizados y establecer la beneficencia á domicilio; procurando que ninguna fa- milia carezca de abrigo propio.

El rico debe subvenir y el pobre ha de percibir; sin que el uno haga osten- tación de dar, sin que el otro sufra la vergüenza de aceptar.



Ya hemos llegado al tiempo en que la humanidad estudie y ponga en práctica los medios de constituir la armonía familiar, de estrechar los lazos populares y de unificar el género.

Felizmente la Caridad asoma por todos lados, sobre todas las creencias, encima de todas las razas, sin exclusivismo y con perfecta tolerancia.

El primer objeto es evitar las necesidades materiales.

Todo hombre ha nacido para trabajar.

El trabajo es una virtud moral y la base de la utilidad.

La ociosidad es el vacío: nada es y nada produce.

El hombre es un miembro del gran conjunto que forma el Universo racional. Cada miembro debe contribuir à la existencia compuesta y participar individualmente de la vida.

El trabajador tiene el derecho de que nada le falte: lo mismo mientras coopere à la utilidad social, como cuando enferme, cuando se inutilice ò deje menores.

El otro objeto fundamental de la Caridad es la instrucción.

El ser, sin conocimientos paralelos al siglo en que vive, no es hombre, sino un autómeta; un maniquí de los especuladores, un cero para los ambiciosos.

Le esclavizan los caciques locales; explotan el sudor de sus trabajos, los zanganos; y le mantienen en su ignorancia el fanatismo y la tiranía.

Resumo:

La Caridad es la bella virtud de las madres para con sus hijos, desde la cuna al féretro.

La Caridad es el noble sentimiento mútuo de los hombres.

La Caridad es el vínculo de las familias

La Caridad es el lazo de los vivos.

La Caridad es el amor puro, eterno, infinito.

Amémonos, pues, todos.

La Caridad, que no sea una vana palabra en los labios, sino un impulso general y espontáneo que enlace nuestros brazos, confunda nuestro aliento y agrupe nuestros espíritus en las existencias siderales.

De este modo nos llamaremos de veras hermanos.—JUAN FERRANDIS Y ROGER.

## EXCEPTICISMO.



### V.

Las religiones interpretaron mal à Dios. Como consecuencia de esta mala interpretación el materialismo lo niega, porque las razones que se aducen en favor de su realidad no satisfacen las leyes de la lógica. Esto es concedernos algo de infalibilidad, porque no nos equivocamos en el juicio emitido respecto al mismo, sino que el error estriba en dar como real una cosa ficticia. Pura y sencillamente la tesis de que si Dios existiese, el hombre lo conocería; mas desde el momento que no lo conoce, Dios no existe.

Mucho nos alegraríamos poder verdaderamente sentar tal razonamiento, porque supondría que la humanidad, habiéndose ya hecho capaz de todo lo existente, no le quedaría ante sus ojos nada por escudriñar ni aprender, desapareciendo lo ilimitado desde el momento que no encontraba un mas allá. Desgraciadamente no nos es dable tener esta presunción, sabien-



do como sabemos que es microscópica la parte conocida comparada con el todo que falta conocer; pero no podemos hacernos cargo de nuestra ignorancia, porque esto sería empequeñecernos; y entre confesar que no existe nada ó que hay algo para nosotros inexplicable, preferimos lo primero, que cuando menos nos dá mas importancia.

Parece imposible que el orgullo nos haya llevado á ese extremo, ¿Es decir que porque el hombre se ha empeñado en descifrar, y descifrar mal á un Ser indescifrable, hemos de decir que ese ser no existe? Cuando á todas horas palpamos sus efectos; cuando nuestras miradas encuentran sus obras, sea cual fuere el punto á que las dirijamos, ora fijándolas en nuestro planeta, ora en la grandiosidad del espacio; cuando nuestra misma existencia es una prueba de la realidad de la suya, ¿osaremos establecer que Dios no existe?

Tan temerario es el empeño de negar á Dios, como tonto y ridículo el pretender explicarlo. Si la hormiga tuviese que hacer la anatomía del hombre, es bien seguro que su descripción sería bastante defectuosa, y sin embargo puede presumirse que entre sus semejantes aquel animalito se consideraría con suficiente talento para poseer la piedra filosofal.

Lo mismo pasa entre el hombre. Se quiere describir á Dios cuando ni la mas remota idea podemos tener de sus componentes, ni formamos un conjunto aproximado de su ser. Sabemos que existe, porque lo presentimos, y la realidad de su existencia es una verdad que se impone por sí misma, sin haber explicación plausible, del mismo modo que tenemos la certeza de que dos y dos son cuatro sin explicarnos el porqué.

En el terreno de las deducciones se comprende perfectamente la existencia de Dios. Ese conjunto armónico de la mecánica celeste obedece no á una fuerza inconsciente, porque sus movimientos son regulados, sino á una inteligencia soberana que aplicando en todas sus obras lo absoluto de sus leyes les imprime el sello de la fijeza y la eternidad. Si nuestro planeta al igual que los demás que pueblan el espacio fueran hijos del acaso no presidiría ni á su formación ni á su estabilidad, esa marcha uniforme y acompasada, fija é inmutable que les es propia, sino que chocando entre sí como las olas de un mar revuelto, vendrían á despedazarse unos á otros dejando el campo libre al más fuerte. Sin embargo no sucede así, puesto que vemos, que todos los cuerpos celestes están sujetos á las leyes de atracción y repulsión, las cuales obrando sobre ellos con igual potencia les obligan á guardar el equilibrio.

Lo creado ha de haber tenido una causa primera, que debe remontarse á lo infinito, y que nosotros podemos no conocer, pero presentir por sernos visibles algunos de sus efectos y cuya ordenación nos hace presumir que las leyes reguladoras que nos presiden son otros tantos derivados de un foco inteligente. La electricidad obrando por sí sola no produce nada, absolutamente nada comprensible; mas subordinada á la esperta mano del telegrafista expresa un pensamiento ó un deseo. Las fuerzas y los elementos naturales diseminados, nunca hubieran dado provecho, pero coordinados por una voluntad inteligente, han producido la armonía de la vida.



Cuál sea esta inteligencia causa de nuestro ser, qué esencia lo compone ni qué forma posee, eso no lo sabemos, ni tenemos la pretensión de saberlo, es decir, no vemos la posibilidad de apreciarlo. Está demasiado lejos de nuestras facultades, limitadísimas para comprender lo ilimitado, y si el orgullo humano ha pretendido personalizarlo dotándolo de figura y sentimientos, lo ha hecho porque sí; no porque esté seguro de ello. No comprendemos ni la vida, ni el movimiento, ni la armonía sin una causa primera, potente, sabia para dar tales producciones; fuente y origen de todo lo existente, foco de exactitud desde el momento que la imprime á todas sus obras; armonía absoluta, puesto que la creación en masa no es más que una red armónica en la cual todo se enlaza y relaciona hasta tal punto y con tal maestría que no es posible conocer en donde empieza ni en donde acaba el edificio.

Un conjunto semejante de perfección demuestra por sí solo que es el resultado de una causa perfecta, de una voluntad poderosa y de una sabiduría incomprendible por su misma grandeza, y á todas esas condiciones reunidas, tengan ó no tengan forma, carezcan ó no de personificación, y en fin sean como fueren, las llamamos nosotros Dios; no queriendo representar con tal denominación á un ser parecido al hombre pero eminentemente perfecto, sino simplemente al origen y la causa de todas las cosas.

Si de lo creado no conocemos más que una parte infinitesimal, mal podremos descubrir el Principio del todo ó sea á su autor; y si éste es desconocido ¿cómo es posible explicarlo? Por ello es, pues, que encontramos absurda la pretensión humana cuando se atreve á querer analizar una cosa que se halla envuelta con el velo del misterio, así como absurdo es también la negación de la existencia de esta misma cosa, desde el momento que se ignora la mayor de su obra.

Que una causa existe, es indudable, porque no hay efecto sin causa. Que aquella debe ser inteligente toda vez que éste es coordinado, también es indudable, pues no es probable que haya la coordinación sin una inteligencia capaz de verificarla. Si, pues, tenemos un origen inteligente, ese origen es Dios; y como su obra es infinitamente más grande que todo lo que hasta hoy ha hecho el hombre, bien puede deducirse de ahí que esa inteligencia divina está de la humanidad á la misma distancia en que comparativamente se encuentran las obras de la una y de la otra. Por la bondad del trabajo se conoce al autor. Conoceremos á Dios el día que seamos capaces de juzgar con pleno conocimiento el cuadro de la creación; mientras nó, debemos contentarnos con saber que es grande, si grandeza encontramos en la parte que del mismo está visible.

Es la única explicación plausible que de la Divinidad puede darse; toda otra conjetura será aventurada y susceptible del error, en el cual no queremos nosotros caer. No es posible reseñar á Dios más que á grandes rasgos; desde el momento que es un ser cuya personificación se escapa á nuestros sentidos, los que trabajando siempre por analogía, se ven obligados á valerse de figuras conocidas para presentárnoslo ante nuestros ojos de modo que podamos formarnos una idea aunque ligera.



Como el cuerpo más perfecto conocido en el mundo físico es el del hombre, adaptamos para explicar á Dios la forma humana; pero si bien tal forma podrá satisfacer nuestras necesidades sensorias, es en cambio insuficiente para contentar al alma que presiente un mas allá perfectivo y hermoso, totalmente diferente de nuestra belleza corpórea, forma y atributos imposibles de descubrir, toda vez que se encuentran fuera del círculo de nuestro natural elemento, haciendo imposible toda clase de comparación

Eso es para demostrar que si bien el hombre se ha visto en la necesidad de hacer descender á Dios hasta él, para explicar su existencia, no es porque así realmente sea, tan solo por la imposibilidad que tiene de remontarse á tanta altura; pero ésto ha sido causa de que unos por ignorancia y otros por malicia, en lugar de hacer comprender á la humanidad que la figura Dios, tal como la enseñaban era pura alegoría por carecer de términos hábiles para presentarla con completa propiedad; han procurado convertirla en real y verdadera, sin pensar que llegaría día que por insuficiente sería tal figura rechazada.—JOAQUIN VIDAL.

(Se continuará.)

---

### DECLARACIÓN IMPORTANTE.

El eminente tribuno D. Emilio Castelar, en un trabajo necrológico que ha publicado en la *Ilustración Española y Americana*, escribe las siguientes líneas:

«La caridad infinita de Alvarez; los remedios que ha llevado á tantas almas afligidas; el bien que ha hecho á su paso por la tierra; los consejos de sabiduría y los ejemplos de virtud que ha dejado, no pueden perderse, ni aquí en lo finito material, donde la vida de un día se contiene y encierra, ni allá en lo infinito moral, donde se hallan Dios y la eternidad. Yo creo en la eficacia de la oración y del sacrificio. Yo veo en los planetas otras tantas aras de verdadera expiación, donde las almas, oscurecidas por el mal, y aquejadas por el pecado anejo á la contingencia y limitación humanas, se redimen y purifican por las luminosas ideas y las buenas obras. Yo reconozco que las grandes inspiraciones todas se truecan al fin y al cabo en plegarias, como en santo incienso la resina echada sobre la cazoleta del incensario..... Yo creo que me comunico y hablo con todos cuantos seres amados he perdido en la vía dolorosa de mi vida.»

De manera que el señor Castelar cree en la pluralidad de mundos habitados, cree en la reencarnación de los espíritus, que es el principio fundamental de nuestra doctrina, porque sin él no podría explicarse la idea del progreso ni la justicia de Dios; cree en la eficacia del sacrificio y de la oración, y cree por último en la comunicación de los espíritus encarnados con los desencarnados, en la incesante comunicación de ideas y pensamientos entre todos los seres racionales.

Felicitemos al señor Castelar por tan exp'ícitas como francas declaraciones, y sepa el orador de la democracia que en España existen miles de hermanos que piensan como él y que están dispuestos á seguirle siempre que se decida á emprender el apostolado, con su elocuente palabra, á favor de tan santas como verdaderas creencias.

Desde luego tenemos el gusto de ofrecerle las columnas de este modesto periódico.